

Nicaragua, adonde los Toltecas en su emigración habían llevado su lengua y sus artes. En el reino de Guatemala los habitantes de Teochiapán conservaban tradiciones que se remontaban al tiempo de un gran diluvio, después del cual sus ascendientes, bajo el mando de un jefe llamado Votan, vinieron de un país situado hacia el Norte. En la aldea de Teopixca existían todavía en el siglo XVI descendientes de la familia de Votan ó Vodan, nombres idénticos, pues que los Toltecas y los Aztecas no tienen las cuatro consonantes *d b r y s*. El que ha estudiado la historia de los pueblos escandinavos en los tiempos heroicos, debe admirarse de encontrar en Méjico un nombre que recuerda el de Vodan u Odino que reinó entre los Escitas, y cuya raza, según la asercion respetabilísima de Beda (*Hist. ecles.*, lib. I, cap. XV; FRANCISCO NÚÑEZ DE LA VEGA, *Constit. Synodales*, pág. 74), « dió reyes á un gran número de pueblos. »

Si fuese cierto, como muchos sabios suponen, que estos mismos Toltecas, precisados á abandonar las alturas de Anahuac á mediados del siglo XI de nuestra era por una peste unida á la mas extraordinaria sequía, reaparecieron en la América Meridional como fundadores del imperio de los Incas, ¿de qué modo abandonaron los Peruanos sus quipos para adoptar la escritura jeroglífica de los Toltecas? Por el mismo tiempo, esto es, á principios del siglo XII, un obispo groenlandés llevó, no al continente de América, sino á Terranova (Vinland) libros latinos, que tal vez fuesen los mismos que encontraron allí los hermanos Zeni en 1380. (*Viaggio dei fratelli Zeni*, Venecia, 1808, pág. 67.)

Ignoramos si algunas tribus de raza tolteca penetraron hasta el hemisferio austral, no por las Cordilleras de Quito y del Perú, sino siguiendo los llanos que se prolongan al Este de los Andes, hacia las riberas del Marañón; pero un hecho extremadamente curioso que me refirieron en Lima, lo hacia suponer. El padre Narciso Gilbar, fraile franciscano, ventajosamente conocido por su valor y por su espíritu investigador, encontró entre los Panos, Indios independientes á orillas del Ucayal, un poco al Norte en la embocadura del Sarayacu, unos cuadernos de pinturas, que en cuanto á su forma exterior se parecían perfectamente á nuestros libros en cuarto. Cada página tenía tres decímetros de longitud y dos de anchura, y la cubierta estaba formada de muchas hojas de palma encoladas juntamente, y con un tejido espesísimo; pedazos de tela de algodón finísimo representaban otras tantas hojas unidas con hilos de pita. Aquel fraile apenas llegó entre los Panos encontró un anciano sentado al pié de una palma, rodeado de muchos jóvenes á los cuales explicaba el contenido de aquellos libros. Los salvajes, no queriendo tolerar desde el principio que un hombre blanco se aproximase al anciano, hicieron saber al misionero por medio de los Indios de Manoa, únicos que conocían la lengua de los Panos, que estas pinturas contenían cosas misteriosas que no debían saberse por ningún extranjero. El padre Gilbar pudo con mucho trabajo conseguir uno de aquellos libros, que envió á Lima para que lo viese el padre Cisneros, sabio redactor de un periódico (*El Mercurio Peruano*) que fué traducido en Europa. Muchas personas que conozco, tuvieron este libro del Ucayal en sus manos, que tenía todas sus páginas cubiertas de pinturas, entre las cuales se destacaban figuras de hombres y animales y gran número de caracteres aislados, que se creyeron jeroglíficos, y estaban dispuestos en líneas con una simetría y orden admirables. La viveza de los colores causaba un singular asombro; pero como ninguno de los que estaban en Lima había tenido ocasion de ver un fragmento de manuscritos aztecas, no es posible juzgar de la identidad del estilo entre pinturas halladas á 800 leguas de distancia unas de otras.

El padre Cisneros quiso depositar este libro en el

convento de las misiones de Ocopa; pero, sea que la persona á quien lo confió lo perdiese al pasar las Cordilleras, sea que fuese sustraído y enviado de oculto á Europa, lo cierto es que no llegó á su destino, y que fueron vanas todas las indagaciones que se hicieron para hallar tan precioso monumento, que sintieron, aunque muy tarde, no haberlo hecho copiar. El misionero Narciso Gilbar con quien trabé amistad en Lima, me prometió que trataría de procurarse otro libro de aquellas pinturas de los Panos, sabiendo que hay muchos entre ellos, transmitidos, como ellos dicen, *por sus padres*. La explicación que dan de estas pinturas parece fundada en una tradición antigua que se perpetúa en algunas familias. Los Indios de Manoa, á quienes el padre Gilbar encargó que indagasen el sentido de estos caracteres, creyeron que indicaban viajes ó antiguas guerras contra otras hordes vecinas.

Los Panos difieren hoy muy poco de los demas salvajes que habitan aquellas florestas húmedas y extremadamente calorosas; viven desnudos, alimentándose con bananas y pescados, y están muy lejos de conocer la pintura, y de sentir la necesidad de comunicarse las ideas por medio de signos gráficos. Como la mayor parte de las tribus establecidas en las riberas de los grandes rios de la América Meridional no parecen antiguas en los parajes en que hoy se encuentran, hay motivo para conjeturar si serian débiles restos de algun pueblo civilizado que recayó en el embrutecimiento, ó tal vez descendieran de aquellos mismos Toltecas que trajeron á la Nueva España el uso de las pinturas jeroglíficas, y que expulsados por otros, los vemos aparecer de nuevo en las orillas del lago de Nicaragua. Cuestiones son estas á la verdad de mucho interés para la historia del hombre, y que están ligadas á otras cuya importancia no ha sido hasta ahora suficientemente conocida.

Algunas rocas graníticas que se elevan en las sabanas de la Guayana entre el Cassiquiare y el Conoriquito, están cubiertas de figuras de tigres, cocodrilos y otros caracteres que pueden creerse simbólicos. Dibujos análogos se encuentran indicados á 500 leguas al Norte y al Oeste, en las riberas del Orinoco, cerca de la Encaramada y el Caicara; en las riberas del Río Cauca, cerca de Timba, entre Cali y Gelima, y en fin en la cima misma de las Cordilleras en el Páramo de Guanaca. Los pueblos indígenas de aquellas regiones no conocen los instrumentos metálicos, y en su consecuencia todos convienen en que estos caracteres existieron desde que sus ascendientes llegaron á aquellos países. Todos estos indicios de antigua civilización ¿son debidos á una sola nacion industriosa, dedicada á la escultura como los Toltecas, los Aztecas y las demas tribus salidas del Aztlan? ¿Dónde pondremos el germen de esta civilización? ¿Tal vez al Norte del Río Gila, sobre las alturas de Méjico, ó mas bien en el hemisferio del Sur, en aquellas llanuras elevadas de Tiahuanacu, que los Incas encontraron ya cubiertas de ruinas de imponente grandeza, y que pueden considerarse como el Himalaya y el Tibet de la América Meridional? Con solo nuestros conocimientos actuales es imposible resolver estos problemas.

Hemos examinado la analogía de las pinturas mejicanas con los jeroglíficos del Antiguo Mundo, y procurado aclarar el origen y las emigraciones de los pueblos que introdujeron en la Nueva España el uso de la escritura simbólica y la fabricación del papel: réstanos indicar los manuscritos (*Códices mexicanos*) que han pasado á Europa desde el siglo XVI, y que se conservan en las bibliotecas públicas ó privadas. Nos admirará ver cuán raros han llegado á ser estos preciosos monumentos de un pueblo que en su camino hacia la civilización, parece haber luchado con los mismos obstáculos que se oponen al progreso de las artes en todas las naciones del Norte y aun del Este del Asia.

De las indagaciones que he hecho sobre este objeto, parece resultar que hoy no existen en Europa mas de seis colecciones de pinturas mejicanas, las del Escorial, Bolonia, Veletri, Roma, Viena y Berlin. El sabio jesuita Fábrega, citado muchas veces por Zoega, y de quien el caballero Borgia, sobrino del cardenal de este nombre, quiso comunicarme algunos manuscritos relativos á las antigüedades aztecas, supone que el archivo de Simánca en España posee tambien alguna de aquellas pinturas jeroglíficas, que Robertson indica tambien con el nombre de *picture-writings*.

La coleccion que se conserva en el Escorial fué examinada por Waddilove (ROBERTSON, *History of America*, 1802, vol. III, pág. 403), capellan de la embajada inglesa en Madrid en tiempo de la mision de Lord Grantham. Tiene la forma de un libro en folio, lo que podria hacer suponer que fuese copia de un manuscrito mejicano, porque los originales que yo examiné todos se parecen á volúmenes en cuarto. Los objetos representados parece que confirman que la coleccion del Escorial, como las de Italia y Viena, sean ó libros astrológicos ó verdaderos rituales, que indican las ceremonias religiosas prescritas para los diversos dias del mes. Al pié de cada página hay una explicación en español, que parece ser del tiempo de la conquista.

La coleccion de Bolonia se halla depositada en la Biblioteca del Instituto de ciencias de aquella ciudad; es desconocido su origen, pero en la primera página se lee que esta pintura, que tiene 326 centímetros, (11 palmos romanos) de longitud, fué cedida en 26 de diciembre de 1665 por el conde Valerio Zani al marques de Caspi. Los caracteres pintados sobre una piel gruesa y mal preparada, parecen tener relacion en gran parte con la forma de las constelaciones é ideas astrológicas. De este *codex mexicanus* existe una copia en simples contornos en Veletri en el museo del cardenal Borgia.

La coleccion de Viena que tiene 65 páginas, ha llegado á ser célebre desde que fijó en ella su atención el doctor Robertson, el cual en su historia clásica del nuevo continente, publicó algunas páginas sin colores, y solo en simples contornos. En la primera página se lee que fué enviado por el rey Manuel de Portugal al papa Clemente VII, y que después pasó á manos de los cardenales Hipólito de Medicis y Capuano. Lambecio (*Comment. de Bibliotheca Caesar. vindobonensi* ed. 1776, pág. 966) hizo esculpir muy incorrectamente algunas figuras del *Codex vindobonensis*, y observa que habiendo muerto el rey Manuel dos años antes de la elección del papa Clemente VII, el regalo de este manuscrito no pudo hacerse sino á Leon X, al cual envió una embajada el rey de Portugal en 1513, pero yo pregunto: ¿cómo se podían tener en Europa pinturas mejicanas en 1513, cuando Fernández de Córdoba no descubrió las costas de Yucatan hasta 1517, y Cortés no desembarcó allí hasta 1519? ¿Es probable que los Españoles hubiesen hallado pinturas mejicanas en la isla de Cuba, cuando los habitantes de aquella isla, á pesar de la vecindad del Cabo Catoche con el Cabo San Antonio, parece no habian tenido comunicación alguna con los Mejicanos? Es verdad que en una nota que se pone en la coleccion no es la llama *Codex mexicanus*, sino *Codex Indis meridionalis*: sin embargo, la perfecta analogía que tiene con los conservados en Veletri y en Roma, quita toda duda sobre su origen comun. Manuel murió en 1521, Clemente VII en 1534; me parece, pues, poco creíble que antes de la primera entrada de los Españoles en Tenochtitlan (8 de noviembre de 1519), pudiese encontrarse en Roma un manuscrito mejicano; pero en cualquier tiempo que llegase á Italia, es lo cierto que después de haber pasado por varias manos, el duque de Sajonia-Eisenach lo ofreció en 1677 al emperador Leopoldo.

Se ignora qué fin ha tenido la coleccion de pinturas

mejicanas que existían en Londres á fines del siglo XVI, y que Purchas publicó. Este manuscrito lo envió á Carlos V Antonio de Mendoza, marques de Mondéjar, primer virey de Méjico; pero el bajel que conducía este precioso objeto, fué atacado por un buque francés, y la coleccion cayó en manos de Andres Thevet, geógrafo del rey de Francia, que tambien había visitado el nuevo continente. Después de la muerte de este viajero, Hakluyt, capellan de la embajada inglesa en Paris, compró el manuscrito por 20 coronas, y de esta ciudad lo mandó á la de Londres, donde Sir Walter Raleigb quiso hacerlo publicar. Los gastos necesarios para esculpir los dibujos retardaron esta publicación hasta el año 1623, en el cual Purchas, cediendo á los deseos del sabio anticuario Spelman, insertó todo la *Coleccion de Mendoza* en su coleccion de viajes. (PURCHAS, *Pilgrims*, t. III, pág. 1063.) Estas mismas figuras se copiaron después por Thevenot (1696, t. II, lám. IV, páginas 1-83) en su *Relacion de diversos viajes*; pero esta copia, como observó muy bien el abate Clavigero (t. I, pág. 23), es un conjunto de errores; por ejemplo, los hechos acaecidos bajo el reinado de Ahuizotl, allí se han insertado en el reinado de Motezuma.

Algunos autores sostuvieron (WARBURTON, *Essais sur les hiéroglyphes*, t. I, pág. 18; PAPILLON, *Hist. de la gravure en bois*, t. I, pág. 364) que el original de la famosa coleccion de Mendoza se conservaba en la Biblioteca imperial de Paris; pero parece cierto que hace un siglo no existe allí ningun manuscrito mejicano. ¿Cómo volveria á Inglaterra? Hoy no se conocen en Paris otras pinturas mejicanas que algunas copias contenidas en un manuscrito español, procedente de la Biblioteca de Sellier, y del cual hablarémos luego. Este libro interesantísimo se conserva en la magnífica coleccion de manuscritos de la Biblioteca imperial, y se parece al *Codex anonymus* sde Vaticano, núm. 3,733, que es obra del monje Pedro de los Rios. El padre Kircher hizo copiar parte de los grabados de Purchas. (*Oedipus*, t. III, pág. 32.)

La *Coleccion de Mendoza* esparce mucha luz sobre la historia, el estado político y la vida de los Mejicanos. Está dividida en tres secciones, que, como los *Skandhas* de los *Puranas* indios, tratan de materias muy diversas. La primera presenta la historia de la dinastía azteca desde la fundación de Tenochtitlan, año 1325 de nuestra era, hasta la muerte de Motezuma II, llamado propiamente Moteuczoma Xocojotzin, en 1520: la segunda es una lista de las tributos que cada provincia y cada aldea pagaba á los soberanos aztecas: la tercera y última pinta la vida doméstica y las costumbres de los pueblos aztecas. El virey Mendoza hizo añadir á cada página la explicación en mejicano y español, de modo que su conjunto es una obra de gran importancia para la historia. Las figuras, á pesar de lo incorrecto de sus contornos ofrecen muchos rasgos de costumbres extremadamente interesantes; allí se ve la educación de los niños desde su nacimiento hasta que llegan á ser miembros de la sociedad, ya como agricultores ó artesanos, ya como guerreros, ya como sacerdotes. La cantidad de comida conveniente á cada edad, el castigo que debe darse á los niños de ambos sexos, todo estaba prescrito entre los Mejicanos con las circunstancias mas minuciosas, no por las leyes, sino por antiguas é imprescriptibles costumbres. Sujeta por el despotismo y la barbarie de las instituciones sociales, sin libertad en las acciones mas indiferentes de la vida doméstica, toda la nacion se educaba con una triste uniformidad de hábitos y de supersticiones. Las mismas causas produjeron los mismos efectos en el antiguo Egipto, en la India, en la China, en Méjico y en el Perú, donde los hombres solo presentan masas animadas de una misma voluntad, y en donde

las leyes, la religión y los usos contrarrestaron la perfección y la felicidad individual.

Entre las pinturas de la *Colección de Mendoza* se encuentran las ceremonias que se hacían al nacimiento de un niño. La partera, invocando al dios Ometecuhtli y á la diosa Omecihualt, que viven en el reino de los bienaventurados, arrojaba agua sobre la frente y el pecho del recién nacido, recitando oraciones (CLAVIGERO, t. II, pág. 86), en las cuales el agua era considerada como el símbolo de la purificación del alma, y la misma comadre hacía luego que se acercasen los niños que habían sido invitados para dar un nombre al recién nacido. En algunas provincias se encendía lumbre al mismo tiempo y se figuraba que se hacía pasar al niño por la llama, á fin de purificarlo con agua y fuego. Esta ceremonia recuerda algunos usos de Asia, cuyo origen parece que va á perderse en la mas remota antigüedad.

Otras láminas de la *Colección de Mendoza* representan los castigos, muchas veces bárbaros, que los padres debían usar con sus hijos, según la gravedad del delito, y según su edad y sexo. Una madre expone su hija al humo de pimienta silvestre (*capsicum baccatum*); un padre agujonea á su hijo de ocho años con penas de pila, que terminan en una gruesa espina; la pintura indica en qué casos el niño no debe ser punzado mas que en las manos, y en cuales es permitido á los padres extender á todo el cuerpo esta dolorosa operación: un sacerdote, *teopixqui*, castiga á un novicio, arrojando sobre su cabeza tizonas ardiendo, porque pasó la noche fuera del recinto del templo: otro sacerdote está sentado en actitud de mirar las estrellas para indicar la hora de la media noche, distinguiéndose en aquella pintura el jeroglífico de la media noche, colocado sobre la cabeza del sacerdote observador, desde cuyo ojo corre una línea de puntos hacia una estrella (THEVENOT, t. II, lám. IV, fig. 49, 51, 53, 61): también se descubren con interés figuras de mujeres trabajando con el huso y la lanzadera: un orificio que por medio de un tubito sopla en los carbones, y un viejo de sesenta años á quien la ley permite embriagarse, igualmente que á una mujer cuando ha llegado á ser abuela; la mediadora de un matrimonio, llamada *cihuatlantque*, que lleva sobre sus espaldas la doncella á la casa de su prometido esposo; en fin, la bendición nupcial, cuya ceremonia se reducía á que el sacerdote ó *teopixqui*, anudase el extremo del manto (*timatti*) del joven con el extremo del vestido (*huepilli*) de la doncella. También se ven además muchas figuras de templos mejicanos (*teocallis*), en los cuales se distingue claramente el monumento piramidal dividido en departamentos, y la capillita, en la cumbre; pero la pintura mas complicada y mas ingeniosa de este códice mejicano es la que representa un *tlatoani* ó gobernador de provincia, ahorcado por haberse rebelado contra su soberano; porque el mismo cuadro recuerda los delitos del gobernador, el castigo de toda su familia, y la venganza que ejercieron sus vasallos (THEVENOT, fig. 52, 53, 58, 62) contra los mensajeros de Estado, que llevaron las órdenes del rey de Tenochtitlan.

Á pesar de que muchas pinturas consideradas como monumentos de la idolatría mejicana fueron quemadas al principio de la conquista por orden de los obispos y de los primeros misioneros, el caballero Boturini (*Cuadro general*, pág. 1-96), cuyas desgracias hemos mencionado mas arriba, consiguió todavía después de pasado medio siglo reunir casi 500 de estas pinturas jeroglíficas. Pero esta colección, que es la mas bella y rica de todas, se dispersó como la de Sigüenza, de la cual apenas se conservaron algunos restos en la Biblioteca de San Pedro y San Pablo de Méjico hasta la expulsión de los Jesuitas. Una parte de la colección de Boturini fué enviada á Europa en un bajel español, que fué aprehendido por un corsario

inglés, y jamas se supo si estas pinturas llegaron ó no á Inglaterra, ó si las arrojaron al mar como una tela basta, y mal pintada. Es verdad que un doctísimo viajero me aseguró que en la Biblioteca de Oxford se conserva un *Codex mexicanus*, el cual por la viveza de sus colores se parece al de Viena; pero el doctor Robertson, en la última edición de su *Historia de América*, dice claramente que en Inglaterra no existe otro monumento de la industria y de la cultura mejicana que una copa de oro de Motezuma, perteneciente á Lord Archer. ¿Cómo pudo quedar desconocida para el ilustre historiador escocés la colección de Oxford?

La mayor parte de la colección de Boturini, que se confiscó en la Nueva España, fué destruida, robada y dispersa por personas que no conocían su valor, y la parte que hoy existe en el palacio del virey solo se compone de cuatro cuadernos, cada uno de siete decímetros en cuadro y cinco de altura, que quedaron en uno de aquellos departamentos de terreno húmedo, de los cuales el virey conde de Revillagigedo, tuvo que sacar los archivos del gobierno, porque allí se alteraba el papel con admirable rapidez. Es sensible el grande abandono en que han quedado estos preciosos restos de una colección que costó tantas fatigas y tantos cuidados, y que el desgraciado Boturini, lleno de aquel entusiasmo que es propio de todos los hombres emprendedores, califica en el prólogo de su *Ensayo histórico*, como el *único bien que poseía en las Indias y que no hubiera cambiado por todo el oro y la plata del Nuevo Mundo*. Pero no trato aquí de describir detalladamente todas las pinturas conservadas en el palacio del virey; y así solo diré que algunas de ellas tenían mas de seis metros de altura y dos de ancho, y que representan las emigraciones de los Aztecas desde el Rio Gila hasta el valle de Tenochtitlan, la fundación de muchas ciudades, y las guerras con las naciones vecinas.

La Biblioteca de la universidad de Méjico no ofrece ya pinturas jeroglíficas originales, y solo encontré algunas copias lineales, sin colorido, ejecutadas con el mayor cuidado. La colección mas hermosa y rica que hoy existe en la capital es la del sabio y laborioso don José Antonio Pichardo, miembro de la congregación de San Felipe Neri, cuya casa fué para mí lo que fué la de Sigüenza para el viajero Gemelli. El padre Pichardo sacrificó su pequeño patrimonio para recoger pinturas aztecas, y en hacer copiar todas aquellas que no podía adquirir, y su amigo Gama, autor de muchas Memorias astronómicas, le legó los mas preciosos manuscritos jeroglíficos que poseía. De este modo en el nuevo continente, así como en todas partes, simples particulares y los menos ricos saben reunir y conservar objetos que deberían llamar la atención de los gobiernos.

No sé si en el reino de Guatemala ó en lo interior de Méjico habrá personas animadas del mismo celo que el padre Alzate, Velázquez y Gama. Las pinturas jeroglíficas son hoy tan raras en Nueva España, que la mayor parte de las personas doctas que allí habitan jamas han visto una, y entre los restos de la colección de Boturini no hay un solo manuscrito que sea tan hermoso como los *Códices mexicani* de Veletri y Roma. Sin embargo, estoy convencido que muchos objetos importantísimos para el estudio de la historia se encuentran todavía entre las manos de los Indios que habitan la provincia de Mechoacan, las intendencias de Méjico, de la Puebla y de Oaxaca; la península de Yucatan y el reino de Guatemala; porque en aquellos países los pueblos que salieron del Aztlan habían llegado á cierto grado de civilización, y un viajero práctico en los lenguas azteca, tarasca y maya que supiese ganar la confianza de los indígenas, reuniría aun actualmente, esto es, tres siglos después de la conquista, y 100 años des-

pues del viaje de Boturini, un crecido número de pinturas históricas mejicanas.

El *Codex mexicanus* del museo de Borgia en Veletri es el mas hermoso de todos los manuscritos aztecas que he examinado, el mayor y mas considerable á causa de la suma viveza y variedad de los colores; tiene de 44 á 45 palmos (casi 11 metros) de largo y 38 dobleces ó 76 páginas. Es un almanaque ritual y astrológico, que en la distribución de los jeroglíficos simples de los días y de los grupos de figuras mitológicas, se parece enteramente al *Codex vaticanus*.

El manuscrito de Veletri parece haber pertenecido á la familia de los Justiniani; pero se ignora por qué desgracia vino á parar á manos de los criados de aquella casa, que no conociendo el valor que podía tener una colección de figuras monstruosas, lo entregaron á sus niños. En este estado la arrebató de su poder un instruido y aficionado anticuario, el cardenal Borgia, después de haber estado en peligro de haber arrojado al fuego algunas hojas ó dobleces de la piel de ciervo sobre la cual se hallan aquellas pinturas. La antigüedad de este manuscrito no está indicada, y tal vez no es mas que una copia de otro mas antiguo, y la frescura de sus colores podría hacer sospechar que el *Codex borganus*, igualmente que el del Vaticano, no se remontan mas allá del siglo XIV ó XV.

Es imposible fijar la vista sobre estas pinturas sin que se presenten á la imaginación multitud de cuestiones importantes. ¿En los tiempos de Cortés habia tal vez en Méjico pinturas jeroglíficas hechas durante la dinastía tolteca, y por consiguiente en el siglo VII de nuestra era? ó mos bien ¿en aquel tiempo no habia mas que algunas copias del famoso *Libro divino* llamado *Teamoxtli*, compilado en Tula el año 660 por el astrólogo Huematzin, que contenía la historia del cielo y la tierra, la cosmogonía, la descripción de las constelaciones, la división del tiempo, las emigraciones de los pueblos, la mitología y la moral? Este *Purana* mejicano (el *Teamoxtli*), del cual quedaron recuerdos al traves de tantos siglos en las tradiciones aztecas, ¿fué uno de los que el fanatismo de los frailes hizo quemar en el Yucatan, y cuya pérdida deploraba el padre Acosta que era mas instruido é ilustrado que todos sus contemporáneos? ¿Es cierto que los Toltecas, pueblo laborioso y emprendedor, que bajo muchos aspectos se parece á los Tchudos (*Viajes de PALLAS*, trad. de Paris, t. IV, pág. 282) ó antiguos habitantes de la Siberia, hayan sido los primeros que introdujeron la pintura? ¿ó los Cuilaltecas y los Olmecas, los cuales habitaban las alturas del Anahuac, antes de las irrupciones de los pueblos de Aztlan, y á quienes el sabio Sigüenza atribuye la construcción de las pirámides de Teotihuacan, habrían conservado ya sus anales y su mitología en colecciones de pinturas jeroglíficas? No tenemos documentos capaces de contestar á estas importantes preguntas, porque las tinieblas que envuelven el origen de los pueblos mogoles y tártaros, parece que se extienden sobre toda la historia del nuevo continente.

El *Codex borganus* fué comentado por el jesuita Fábrega, originario de Méjico. Durante su última residencia en Italia en 1805, el caballero Borgia, sobrino del cardenal del mismo nombre, tuvo la bondad de hacer llevar de Veletri á Roma el manuscrito mejicano con su comentario, y después de un cuidadoso exámen me pareció que las explicaciones del padre Fábrega eran muchas veces arbitrarias y muy aventuradas.

La colección que se conserva en la real Biblioteca de Berlín comprende diferentes pinturas aztecas, adquiridas por mí en la Nueva España.

La Biblioteca vaticana de Roma posee, entre la preciosa colección de sus manuscritos, dos códices mejicanos marcados con los números 3,738 y 3,776 del catálogo. Estas colecciones, así como el manuscrito de Veletri, no fueron conocidas del doctor Robertson,

cuando hizo la enumeración de las pinturas mejicanas conservadas en las diferentes bibliotecas de Europa. Mercato refiere (*Degli obeliscchi di Roma*, cap. II, pág. 96) que á fines del siglo XVI existían en el Vaticano dos colecciones de pinturas originales. De aquí se puede inferir que una de ellas se haya perdido totalmente, como no sea aquella que enseñan en la Biblioteca del Instituto de Bolonia; la otra se encontró por el padre Fábrega en 1785, después de 15 años de indagaciones para descubrirla.

El *Codex vaticanus*, número 3,776, del cual ya hicieron mención Acosta y Kircher (*Zoega, De orig. obeliscor.* pág. 531) tiene 7^m 87 (31 palmos y medio) de largo, y 0^m 19 (7 pulgadas) en cuadro, y sus 48 dobleces forman 96 páginas ú otras tantas separaciones en las dos partes de las pieles de ciervo encoladas juntamente: cada página está después subdividida en dos casillas; pero todo el manuscrito solo contiene 176 de estas casillas, porque las ocho primeras páginas presentan los jeroglíficos simples de los días dispuestos en series paralelas y las unas cerca de las otras. La orla de cada página está dividida en 26 casillas, que contienen los jeroglíficos simples de los días, los cuales son 20 y forman series periódicas. Como los pequeños ciclos son solo de 13 días, resulta de ello que la serie de los jeroglíficos pasa de uno á otro ciclo. Todo el códice contiene 176 de estos pequeños ciclos ó 2,290 días. Cada página presenta en las subdivisiones de que ya hemos hablado dos grupos de figuras mitológicas. Si quisiéramos interpretar estas alegorías, nos perderíamos en vanas conjeturas, porque los manuscritos de Roma, Veletri, Bolonia y Viena no tienen aquellas notas explicativas que el virey Mendoza hizo añadir al manuscrito publicado por Purchas. Sería de desear que algun gobierno publicase á sus expensas estos progresos de la antigua civilización mejicana, pues que solo con la comparación de muchos monumentos se podría llegar á adivinar la significación de estas alegorías en parte astronómicas, en parte místicas. Si de todas las antigüedades griegas ó romanas solo nos hubiese quedado alguna piedra esculpida ó alguna moneda aislada, las mas sencillas alusiones se habrían escapado á la perspicacia de los anticuarios. Pero ¿cuánta luz no ha difundido el estudio de los bajos relieves en el de las monedas?

Zoega, Fábrega y otros sabios que trataron en Italia de los manuscritos mejicanos, consideran el *Codex vaticanus*, igualmente que el de Veletri, como otros tantos *tonolamats* ó *almanaques rituales*, es decir, libros que indicaban á los pueblos para muchos años las divinidades que presidían á los pequeños ciclos de 13 días, y que durante aquel tiempo gobernaban los destinos de los hombres, las ceremonias religiosas, y sobre todo las ofrendas que debían llevarse á los ídolos.

HUMBOLDT, *Vue des Cordillères*.

(P) pág. 846.

ETNOGRAFÍA DEL ÁFRICA, DEDUCIDA DE LAS LENGUAS QUE EN ELLA SE HABLAN.

(LATHAM, *Rapport of the XIV the meeting of the British association for the advancement of science*, 1844.)

Cinco son los idiomas nativos del África continental:

- 1º EL COPTO, que comprende los dialectos existentes en Egipto.
- 2º EL BERBER, que comprende las lenguas no árabes del Fezzan, Trípoli, Túnez, Argel, Marruecos, los Tuariki del Sahara occidental, y la lengua muerta de los Guanchos de las Canarias.
- 3º EL HOTENTOTE.
- 4º EL CAFRE, que se extiende desde el Norte hasta